

¿EXISTE UN PSICOANÁLISIS DEL INFANS?

I

Teoría y técnica del psicoanálisis de niños de Arminda Aberastury es un libro clave para reflexionar sobre esa práctica que hablando de una diferencia “técnica” introdujo en el psicoanálisis una réplica de sus fundamentos. “El psicoanálisis de niños en la Argentina” (Capítulo IV) cuenta las secuencias de una práctica personal y sus efectos en la transmisión de esta práctica.

Arminda Aberastury sitúa su iniciación en 1937, cuando se interesó por una niña de ocho años que acompañaba a su madre a un Hospital donde Enrique Pichón Riviere la “trataba”.

Esta niña había sido diagnosticada como oligofrénica porque no había podido aprender a leer ni a escribir. Arminda Aberastury vio en ella una expresión “inteligente y angustiada”. Comenzó a enseñarle letras y números en el tiempo que esperaba a su madre y descubrió que la niña se había detenido a partir de un episodio psicótico de la madre, del que había sido testigo. Además, las mentiras con las que intentaban consolarla respecto al estado de su madre habían producido un estado de confusión y habían desalentado cualquier posibilidad de conocer la verdad. Los resultados fueron excelentes: Arminda Aberastury deseaba que *ella* llegara a la verdad. Después, un niño de once años sometido a castigos corporales con un síntoma de inhibición intelectual. Vino la lectura de Anna Freud y en 1942 el comienzo del “didáctico” con Angel Garma y la técnica de juego de Melanie Klein, que Arminda Aberastury relaciona varias veces con el Fort-Da.

A partir de este momento se multiplican los colaboradores, también los artículos y las definiciones “técnicas”. Aparece la curiosa

designación de “lenguaje no verbal” para designar los dibujos y los juegos. Por supuesto, hay una mayoría de nombres de mujeres. ¿Lo que se designa por psicoanálisis de niños es una práctica de mujeres? Así lo afirma Arminda Aberastury en el siguiente pasaje: “Algunos analistas hombres que tratan niños, se plantearon qué debían hacer si un paciente les pedía que cosieran o tejieran algo. En éste, como en todos los problemas planteados, se puede considerar la parte formal y manifiesta y la latente escondida tras ella. En el primer plano diremos que es frecuente que un hombre no sepa hacer ni una cosa ni la otra. En un plano más profundo sabemos que no es que no lo sepa hacer, sino que lo siente prohibido. Para analizar un niño un analista debe tener una serie de conocimientos que no le exige el analizar adultos, y entre ellos el saber aunque sólo sea rudimentariamente confeccionar ropa de muñecos o cualquier envoltura que reemplaza a un vestido. Si consigue elaborar su angustia de castración y admite sus anhelos femeninos de tener un hijo, la habilidad para hacer lo que el paciente le pide surgirá espontáneamente.

Puede además adquirir una cierta habilidad manual aun cuando la angustia de desempeñar un papel tan evidentemente femenino sea todavía intensa. Puede no vencer nunca esa angustia y sentirse incapaz de enhebrar una aguja o de poner un pañal a un muñeco. En este último caso no parecerá indicado que siga siendo analista de niños, no tanto porque sea tan importante hacer un vestido para que el análisis se desarrolle satisfactoriamente, sino por lo que significa esa limitación como conflicto no resuelto” (pág. 101).

Elaborar la angustia de castración es aceptar que se desea tener un hijo y esta es la condición (ya que Arminda Aberastury misma aclara que el ejemplo es secundario) para poder ser un analista de niños que pueda “hacer lo que el paciente le pida”.

¿Existe alguna relación entre este deseo de tener un hijo y las “técnicas” del psicoanálisis de niños? Arminda Aberastury dice algo sobre la maternidad que parece ser fundamental y fundamentado: “... el nacimiento del hijo es un desprendimiento que le repite (a la mujer) su propia pérdida de la madre...”. ¿Pero para un hombre también pasa esta pérdida por la fantasía femenina de tener un hijo? Más bien, la *couvade* es para Freud recuperar todo y se relaciona con el autoengrandamiento narcisista.

Sin embargo, esta es la forma en que esta escuela entiende la paternidad: “La función paternal se adquiere en el hombre por identificación con la mujer —afirma Arnaldo Rascovsky—, y un elemento importante es la abstinencia relativa que se produce en la vida sexual de la pareja cuando la mujer se embaraza y sobre todo durante el

puerperio. Ante la pérdida de un objeto tendemos a identificarnos con él. El hombre en un período relativo pierde transitoriamente mucho de su vínculo con la mujer y tiende, por lo tanto, a identificarse con ella.

En muchas culturas primitivas existe la rara costumbre por la cual, cuando la mujer va a parir, el que se pone en la cama es el hombre” (*Clarín*, 10/5/79).

Según esta concepción el hombre de los lobos sería un buen analista de niños y también un buen padre: es allí donde Freud describe la *couvade* como un retorno a la madre con el cuerpo como falo, para recibir dentro de ella la satisfacción del padre y engendrar(se) como hijo. Arnaldo Rascovsky es uno de los citados por Arminda Aberastury en su historia del psicoanálisis de niños en la Argentina.

Elaborar la angustia de castración mediante el deseo de tener un hijo es algo que Freud describe en relación con la mujer y que Arminda Aberastury le recomienda a un hombre. Claro que la palabra de Freud no es angustia, sino envidia. Pero la envidia tiene otro objeto: el pecho, no el pene.

Si el nacimiento de un hijo es —según Arminda Aberastury— una experiencia de la pérdida de la madre, condición transitiva de la posición del analista de niños... ¿qué deseo se juega allí?

Arminda Aberastury lo dice muy bien: “... el nacimiento del hijo es un desprendimiento que le repite (a la mujer) su propia pérdida de la madre. Dar es para ella una renovación constante de lo que ella recibió como hija; por esto cuanto más da y en mejores condiciones, más se enriquece su vínculo con la madre interna” (pág. 79).

¿Un analista de niños es aquel que enriquece su relación con una madre que pierde y recupera mediante lo que da? Hay aquí una economía de la donación diferente a la que Freud describe en la relación del hijo varón con la madre.

¿Es el discurso del psicoanálisis de niños una *réplica* (copia, impugnación) del discurso de Freud? Así parece entenderlo Angel Garma cuando dice que la elección entre Melanie Klein y Freud es, en la fantasía de los analistas, una inclinación hacia la madre o hacia el padre. Y las fantasías de los analistas —aunque sólo fuera la fantasía de un analista, en este caso Garma, sobre otros analistas— no es una equivocación de la teoría, sino la articulación de un deseo. Dicho de otra forma: plantea el problema del didáctico como “conversión” a un discurso que se encarna. Si queremos reflexionar sobre la transmisión es porque estamos interesados en comprender las transformaciones de un texto en otro texto y los *argumentos* (cuando existen) sobre esas transformaciones, así como la ausencia de los mismos

en ciertos casos.

El campo del psicoanálisis fundado por los textos de Freud fue transformado de diversas formas por ciertos textos que suelen tener un nombre (Jung, Ferenczi, Klein, etc.). Esas transformaciones se relacionan con la ampliación del campo por el lado de su práctica (el problema de la psicosis en Jung, el psicoanálisis de niños en Melanie Klein, la práctica del didáctico para la institución). Es decir, que siempre habría alguna *experiencia* que induce algunas modificaciones en los axiomas de los que se parte. En esto está supuesto que el campo que articula el texto de Freud es lo que *quiso decir*, pero no la articulación específica de lo que dice. Lacan mostró, con algunas operaciones de escritura topológica, que todavía no sabemos con exactitud cuáles son las articulaciones fundamentales de ese campo.

Una operación que aparece siempre es la *réplica*. Quiero tomar esta palabra en su doble sentido: réplica (reproducción de los términos) y réplica (contestación). Se copia una obra, se la impugna.

Este doble juego de copia (réplica) y de impugnación (réplica) se puede encontrar en textos referidos a Lacan, como en el caso de Green y también de Leclaire.

Lo escrito de Melanie Klein nos parece ejemplar en este sentido: allí la réplica es constante y opera por inversión. Comienzo por algunos ejemplos simples:

1) En Freud la fase oral es conectada con la metáfora de la devoración del padre / En Melanie Klein se trata de la devoración de la madre.

2) En Freud el excremento es un regalo que el niño hace a la madre / En Melanie Klein es el arma del sadismo anal del niño hacia la madre.

3) En Freud el pene aparece como elemento de reunión con la madre / En Melanie Klein ataca y destruye a la madre y, después de cierto proceso, llega a reparar ese daño por la satisfacción y la donación del hijo.

4) En Freud la envidia se relaciona con el pene / En Melanie Klein con el pecho.

5) En Freud la relación al padre (Edipo) determina retroactivamente la relación con la madre (preedípica) / En Melanie Klein la relación con la madre determina, en forma lineal, la relación con el padre.

Estos ejemplos no son juicios, sino que quieren mostrar la *inversión* (réplica) de un texto por otro texto que lo impugna mediante sus propios términos. ¿No aparecen estos dos textos en un espejo, mostrando que uno de ellos fue producido por un hombre y el otro

por una mujer? Freud mismo pensó que una psicoanalista mujer podía ir más lejos en el descubrimiento de la relación de la niña con su madre. Melanie Klein responde que puede ir más lejos en el descubrimiento de la relación de *todos* los niños con la madre. ¿O será que *describe* mediante niños, la relación que *una* mujer tiene con los hijos? Todo lo que se dice sobre el psicoanálisis de niños introduce de entrada una cierta marca: la relación entre dos sujetos por medio de la palabra, es la relación entre un adulto y un niño. Del lado del adulto hay palabras, del lado del niño “símbolos” que expresan fantasías. Las palabras del adulto construyen equivalentes en términos de alegorías de las fantasías supuestas en el inconsciente del niño. Incluso, por una apelación a lo sensorial y a lo no verbal, se intenta alejar el “simbolismo” de las leyes del lenguaje, de manera que la réplica que el lenguaje de la interpretación dice realizar sobre el simbolismo del niño no podría ser impugnada por el hecho de referirse a un orden heterogéneo. ¿Qué es un niño, qué es un adulto? Si no respondemos desde la biología —o desde cualquier otro lugar— debemos pensar que estamos hablando de cierta organización del “aparato psíquico” y de sus posibles transformaciones en el tiempo.

Melanie Klein hace una diferencia entre *observar* niños y *analizarlos*. Habla de la observación de *infans* (es decir, de cuerpos que no hablan), pero dice que sólo se pueden analizar sujetos que hablan. Pero esa palabra es sustituida por su equivalente alegórico, partiendo de un centro imaginario formado por la relación entre la boca y el pecho. Melanie Klein escribe: “Tanto en el hombre como en la mujer, la envidia tiene su parte en el deseo de quitarle los atributos al sexo opuesto y poseer o arruinar los del padre del mismo sexo. De aquí se desprende que en ambos sexos, por divergente que sea su desarrollo, los celos y la rivalidad paranoideas en la situación edípica positiva y negativa (directa e invertida), están basadas en la envidia excesiva hacia el objeto primario, es decir, la madre, o *mejor aún*, su pecho” (*Envidia y gratitud*).

Llevado a la escena analítica por León Grinberg, en el prólogo al mismo libro, se convierte en la siguiente afirmación: “El paciente envidioso puede llegar al extremo de atacar a su analista después de haber recibido una interpretación justa y eficaz que lo ha aliviado. Precisamente, no puede tolerar que el analista tenga la capacidad admirada y envidiada de comprenderlo y ayudarlo; entonces, paradójicamente, intenta destruir tal capacidad con la crítica más despiadada”. Por otro lado existe la gratitud, surgida de las gratificaciones producidas por el mismo pecho.

Nueva réplica de Freud: hay de entrada un yo. Freud, por su

parte, considera que el pecho *es* el niño hasta que lo pierde: no hay “relación” con el pecho, puesto que no hay un sujeto y un objeto y tampoco hay dos sujetos.

En Melanie Klein, de entrada, existe la pulsión de vida y la pulsión de muerte: el pecho en cuestión no es *real*, sino fantaseado. Pero entonces lo que el sujeto le atribuye al pecho (tanto de bueno como de malo) no se funda en ninguna *experiencia*.

Sin embargo, Melanie Klein afirma las dos cosas: las pulsiones pueden articularse de manera diferente según sea la *experiencia real* del pecho. Lo mismo vale para el análisis: el sujeto transfiere (imaginario) y recibe los efectos de contratransferencia (real).

Lo imaginario del paciente es lo real del analista y lo imaginario del analista es lo real para el paciente. Cada uno recibe, entonces, los efectos reales que causa la respuesta imaginaria del otro, pero sólo uno de ellos (el analista) *sabe* que esos efectos reales son producidos por algo imaginario. El analista es, entonces, el que sabe que cualquier cosa que ocurra está determinada por lo imaginario y cuando más sepa mejor podrá *controlar* los efectos reales de su propio imaginario. Este saber “controlarse” se logra mediante la lectura de los textos, el análisis didáctico y la supervisión de los casos (se recomienda, además, alguna actividad creativa para dar curso a las propias fantasías). Es decir: el analista *ideal* sería aquel que desconecta en sí cualquier efecto de su inconsciente y sólo responde desde un conocimiento.

Pero esta idea de un analista que debe excluir su fantasía para poder “aplicar” un saber se invierte en un giro vertiginoso: el analista que ha realizado un didáctico logra homologar sus fantasías y su saber, su ilustración desciende hasta el mismo inconsciente y puede interpretar desde la misma contratransferencia (ahora controlada). Esto engendra una pasión por la “aplicación” del saber psicoanalítico a la propia vida, al punto de que un sujeto podría llegar a soñar la teoría.

Volvamos a los niños que le hacen hablar a Melanie Klein de envidia y gratitud, que le hacen temer el ataque destructivo de su pecho, que la dividen en buena y mala, que la vacían y sólo llegan a repararla por medio de un pene que le dará tanto niños como satisfacción. ¿Qué relación entre esta concepción catastrófica del niño y la envidia del pene negada por Melanie Klein? Esta pregunta, en tanto es réplica de una réplica nos deja en el interior del saber paranoico. Quiero decir: en el interior de la palabra vacía y de una comprensión inmediata de algo que hace enigma de algo. Los ataques que los freudianos le hicieron a Melanie Klein demuestran que su

saber paranoico puede reconocer algo, aunque se diga que desconoce algo.

Así como en algún momento Freud dijo “el paciente que más me interesa soy yo”, habría que decir que Melanie Klein se apasionó por describir los efectos que causaban en ella los juegos, los dibujos y las palabras de los niños. Ella replica a Freud: no me causan los mismos efectos que a usted, yo los imagino de otra manera. Consecuente con esta verdad fue construyendo los *supuestos* sugeridos por esa práctica y fue practicando esos supuestos. La teoría de Melanie Klein es alegórica, como son alegóricas sus interpretaciones. Esta forma de escuchar dando sentido es el conocimiento paranoico y su interpretación introduce la erotomanía. Lo que el otro articula se descifra como amor y como odio. Hay signos de ataques, hay signos de amor. *Si me amas* —dice Melanie Klein— *podrás amarte. Si me destruyes, terminarás destruido. Ya me odiaste, ya me amaste: si me reparas, serás feliz.*

¿Es femenina esta manera de escuchar? Desdén de las palabras, búsqueda fuera de ellas de una verdad que se esfuma. El deseo es identificado con un ataque, la satisfacción con una reparación.

¿No se puede escuchar esto en mujeres y en especial con relación al hijo? Basta escuchar una mujer durante su embarazo, incluso durante la lactancia de un hijo. Quiero decir: aunque nunca se hubiera analizado un solo niño se podría escuchar en la angustia de las embarazadas y en la paradoja de lo vacío y lo pleno de un parto, muchas de las articulaciones que Melanie Klein infiere en los niños. ¿Qué decir de la fantasía generalizada del hijo monstruoso, de la angustia producida por la deformación de la imagen durante el embarazo? Mary Shelley, en *Frankenstein*, articula muchas de estas fantasías. Este libro escrito por una mujer *interpreta* que la ciencia de los hombres quiere producir la vida (por eso su personaje engendra un monstruo). Si bien el personaje es masculino, la autora es una mujer. ¿Qué ocurre? Frankenstein es el hijo surgido de la relación entre una mujer y su madre que acaba de morir. ¡Algo monstruoso!

¿Por qué Freud encuentra ejemplos *textuales* en la literatura universal y Melanie Klein sólo puede apelar a ella mediante una transformación alegórica de su textualidad? ¿No será una forma femenina de descifrar un discurso masculino?

Se puede decir, a la inversa, que Freud produce un desciframiento masculino de un discurso femenino. Freud no lo niega, lo afirma. Pero entonces no es verdad que las mujeres no hablan y Melanie Klein es la réplica de una mujer *dentro* del psicoanálisis.

II

La tradición dice que Freud inventa el psicoanálisis infantil mediante el historial de Juanito, publicado en 1909. ¿Qué ocurrió en estos setenta años? En el campo del psicoanálisis aparece el discurso de Anna Freud y de Melanie Klein, referidos a los niños. Fuera del campo del psicoanálisis una psicología “inspirada” elabora estrategias partiendo de algunos términos dispersos que se organizan a posteriori para describir lo que resulta *eficaz* para los *objetivos* previos.

Volviendo a 1909 hay que decir que Freud no afirma que sea posible ese análisis (lo que el padre pudo hacer por la unión de la autoridad médica y paterna, incluso por la confluencia del interés familiar y científico —argumenta Freud— hubiera sido inadecuado en otras condiciones) y declara que se trata de “reunir observaciones sobre la vida sexual infantil”. Esta diferencia entre *observar* niños y *analizarlos* es marcada muchos años después por Melanie Klein, en respuesta polémica a las objeciones de Anna Freud.

Infans es aquel que no habla, sujetado a la palabra del Otro sin *ser sujeto* de la palabra. Para evitar las tiernas imágenes de los pequeños, propongo diferenciar *infans* de *sujeto* en lugar de hablar de niños y adultos. Por supuesto que el *infans* no se encuentra fuera del lenguaje, pero todavía no puede situarse en relación con el mismo.

Incluso, el *infans* vive en un mundo de “hiperlenguaje” desde que sus orejas se abren a la palabra del Otro (Freud habla de cosas oídas que forman *huellas*, cosas oídas que entonces no son comprendidas). El niño que “lalea” se deja atravesar por este “hiperlenguaje”, sin poder encontrar ningún lugar en ese flujo de sonidos. Luego dirá *el nene quiere* antes de poder decir *yo quiero*. Cuando el *infans* se convierte en sujeto del lenguaje, se pierde el Otro del hiperlenguaje y podrá decir a medias lo que recién ahora es de un ser que se descifra.

Puede “observarse” a un *infans* hablado, pero sólo es analizable un sujeto que habla. ¿Acaso Melanie Klein dice otra cosa? “La representación por medio de juguetes —en realidad, la representación simbólica en general, al estar hasta cierto punto *alejada de la persona misma del sujeto*— está menos investida de angustia que la confesión por la palabra hablada (...) Por esto yo no consideraría terminado ningún análisis de niños, *ni siquiera el de niños muy pequeños*, a menos de lograr finalmente que se exprese con palabras, hasta el grado de que es capaz el niño, y así vincularlo con la realidad” (*Simpodium sobre el análisis infantil*, 1927).

1) Diferencia entre representación simbólica y palabra hablada.

2) La representación simbólica (en el juego, por ejemplo) conecta con la *fantasía* y el lenguaje con la *realidad*.

3) El juego es un *medio* para evitar la angustia ligada a la palabra y posibilitar la interpretación, pero el *fin* es el acceso a la palabra.

III

Ocurre que Melanie Klein supone una teoría del simbolismo y reconoce cierta *función* del lenguaje, pero no explicita ningún supuesto. Es por eso que en sus textos y después en el de sus seguidores, se *extiende* el simbolismo usado para explicar la relación del juego con la fantasía sobre el lenguaje en general.

En el artículo citado Melanie Klein insiste en que los análisis son siempre análisis (cualquiera sea la edad del sujeto) y en que la técnica del juego se debe a una sola *diferencia*: en el sujeto que recién deja de ser *infans* hay menor “distancia” con el inconsciente y por lo mismo mayor angustia.

A partir de este supuesto, repetido por Freud en numerosos textos, la posición de Melanie Klein es clara: “La exposición de mi técnica y la importancia que le atribuye al *simbolismo contenido en la conducta* de los niños podrían interpretarse erróneamente, como si esto *implicara* que en el análisis de niños se procede sin la ayuda de la asociación libre en su verdadero sentido. En un pasaje anterior de mi artículo señalé que Anna Freud y yo, y todos los que trabajamos en el análisis de niños, estamos de acuerdo con que los niños no pueden asociar, y no asocian, de la misma manera que los adultos. Quiero agregar aquí que probablemente lo principal es que los niños *no pueden* asociar, no porque les falte la capacidad de poner sus pensamientos en palabras sino porque la *angustia* se resiste a las asociaciones verbales” (*idem*).

El niño no puede asociar porque rechaza las asociaciones que lo invaden, *evita* asociar porque la asociación lo angustia. Entonces, por medio del “simbolismo contenido en la conducta” se deberá interpretar para llegar a superar la angustia que “la palabra hablada” le provoca. ¿No se encuentra situada aquí la función de *corte* de esa palabra? Así lo entiende Melanie Klein cuando relaciona el *simbolismo* con las fantasías y el *lenguaje* con la realidad.

¿Qué nos dice esto sobre la transmisión? Que Melanie Klein habla de lo que Freud llamó *actos sintomáticos*. El juego no es “preverbal” puesto que intenta evitar la angustia de algo que ya es verbal: el juego es “hiperverbal” en el mismo sentido que Freud hablaba de la danza

como “alucinación motriz” y que M. Mauss definía al ritual como el momento en que el cuerpo se hace lenguaje.

Es todo el problema del *acto* lo que aparece en la relación del simbolismo con la conducta (en el caso de la técnica del juego) y de la relación de ambos con el lenguaje.

El sustantivo *acting out* traduce el *Agieren* (actuar) de Freud, pero Melanie Klein hace una diferencia. *Sobre la criminalidad* (1934) encuentra que la imposibilidad de pasar del simbolismo de la fantasía al lenguaje de la realidad conduce a la criminalidad o conduce a la psicosis: “Vemos así que las mismas raíces psicológicas pueden desarrollarse hasta constituir paranoia o criminalidad. Ciertos factores llevarán en este último caso a una mayor tendencia en la criminalidad a *suprimir las fantasías inconscientes* y hacer *acting out* en la realidad”.

La diferencia entre el *acting out* y el juego se basa en un cambio de registro: mientras el juego es un acto del “simbolismo” que se relaciona con las *fantasías* inconscientes, el *acting out* se desarrolla en la *realidad*. Si el sujeto no pasa del simbolismo de la fantasía al lenguaje de la realidad, su conducta será una fantasía “realizada”. De un lado tenemos: fantasía inconsciente/simbolismo/juego. Del otro lado: *acting out*/lenguaje/realidad.

El lenguaje se encuentra supuesto como comunicación con el semejante y cuando se convierte en “simbolismo” de los impulsos se anula la realidad de esta comunicación.

¿Cómo logra el “simbolismo” llegar a la motricidad para hacer *acting out*, pasando por encima del lenguaje y de su relación con la realidad? *La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo* (1930) introduce otros supuestos que pueden conducir a una respuesta. Melanie Klein parte del *sadismo* cuyo *objeto* es correlativo a la fase oral. En la génesis del Edipo existe, entonces, un impulso cuyo objeto es la devoración de la madre (a la inversa de Freud, que sitúa en el origen la devoración del padre). Sin embargo, en la madre está el padre.

La fase anal se torna “paranoica” y el excremento no es un regalo —como en Freud— sino arma peligrosa.

La unión de los padres despierta el sadismo del niño que vuelto sobre sí, por la angustia, se convertirá en superyó. En este punto M. Klein llama a Freud para introducir las defensas anteriores a la diferencia entre el yo y el ello y a Ferenczi para pedirle el simbolismo como intento de volver a encontrar los propios órganos y los objetos perdidos. La sublimación es definida como efecto del simbolismo y como satisfacción de fantasías libidinosas. Junto a la satisfacción

aparece la angustia y el simbolismo será la producción de “ecuaciones” que permiten sustituir a los objetos que angustian. Es decir, que entre la angustia y la satisfacción se encuentra la génesis de la actividad metafórica. Como se ve, se trata de otra versión del Fort-Da. Una versión “simbolista”, justamente. No parte del registro del lenguaje, sino del “simbolismo de la fantasía” que produce “imágenes”. ¿No se anuda esto con el equívoco de la representación-cosa y la representación-palabra de Freud?

En este artículo Melanie Klein olvida la diferencia entre simbolismo y fantasía por una parte y lenguaje y realidad por la otra. Por eso escribe: “Entonces el simbolismo no sólo constituye el fundamento de toda fantasía y sublimación, sino que sobre él se construye también la relación del sujeto con el mundo exterior y con la realidad en general”. *Pero al darle al simbolismo el lugar de “fundamento” muestra que en psicoanálisis aquello que se diga del lenguaje determina lo que se entiende por inconsciente y por interpretación, tanto como la posición del analista mismo.* ¿Cómo seguir hablando del psicoanálisis de un *infans*, si el “simbolismo” de M. Klein fue inventado para interpretar por inferencia las operaciones “hiperverbales” supuestas en alguien que acaba de nacer? Cualquiera sea el lugar que este simbolismo del juego tenga en la “técnica”, M. Klein lo supone como un mutismo que debe servir para conducir al niño hacia el lenguaje y la realidad.

Volvamos al *Simposium* de 1927: “... *interpretamos* esta transferencia positiva, o sea que tanto en el análisis de niños como en el de adultos la retrotraemos hasta el objeto de origen”. Para conducir al origen es necesario “inducir a fantasear” y para esto “no podemos obtener suficiente material únicamente por medio de la palabra”.

M. Klein cita a Ferenczi que habla del simbolismo como de una lengua muerta. Luego se trata de alejarse de las palabras, de encontrar la manera de llegar al *origen* que se encuentra más allá del lenguaje. No fuera del lenguaje, sino en el simbolismo de los juegos, de los dibujos, etc. La relación será entonces la que existe entre el simbolismo y las fantasías que se encuentran más allá del lenguaje, en esa lengua muerta que despierta la angustia y estructura al sujeto en una relación paranoica con el deseo de sus padres.

La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo (1930) continúa: “He señalado que el objeto del sadismo en su punto culminante —y el impulso epistemofílico surge simultáneamente con el sadismo— es el cuerpo materno con sus contenidos fantaseados”. El deseo de saber resulta, en el fantaseo de Melanie Klein, una actividad sádica dirigida a la madre y la angustia que pro-

voca conduce a la formación de símbolos que son el fundamento de la sublimación. ¿No se encuentra en esta fantasía la génesis de la idea de que el conocimiento y la “productividad” del varón surge de la *envidia* hacia la mujer “reproductora”? El sujeto masculino quiere destruir para saber y saber para destruir, la satisfacción y la angustia que resultan se resuelven en la sublimación. “Una cantidad suficiente de angustia es una base necesaria para la abundante formación de símbolos y de fantasías; para que la angustia pueda ser satisfactoriamente elaborada, para que esta fase fundamental tenga un desenlace favorable y para que el yo pueda desarrollarse exitosamente, es esencial que el yo tenga adecuada capacidad para elaborar la angustia”. Porque si el yo se defiende del “sadismo” en forma excesiva se encuentra perdido en relación con la realidad. Entonces el analista realiza una cierta *transacción*: le ayuda al sujeto a soportar la angustia que despierta su sadismo a *cambio* de una aceptación del “lenguaje de la realidad” que se transmite por la interpretación. El analizante es víctima de fantasías sádicas que le producen angustia, mediante el simbolismo el analista lo conduce hasta un lenguaje que constituye una realidad y de esta forma *modela* el yo y le da fuerza. La mediación del análisis encontraría el *pasaje* entre el simbolismo y el lenguaje, dando su lugar a la fantasía “elaborada” en relación a una realidad constituida por los semejantes: “Es también interesante advertir el hecho de que la influencia educacional que anteriormente habían ejercido sobre el niño las personas de su ambiente, había resbalado sobre Dick (un caso citado en el mismo artículo) sin dejar ninguna huella. *En cambio hoy, que su yo se encuentra, gracias al análisis, en plena evolución, el niño se muestra cada vez más dócil a dicha influencia, la que ha podido adaptarse al ritmo de los impulsos instintivos movilizados por el análisis y que basta para manejarlos*”.

Por una parte M. Klein niega que el análisis debe proponerse un fin educativo (como dice Anna Freud), pero por la otra afirma que tiene una *consecuencia* educativa.

La polémica con Anna Freud tiene un punto que vuelve a ser afirmado en 1947: el análisis de los adultos y el de los niños se realiza con los mismos supuestos, la *diferencia* se encuentra en ciertos *medios* (el juego, por ejemplo) cuya función se relaciona con una mayor angustia que acompaña en el niño el *decir* ciertas fantasías. El *fin* es, sin embargo, la articulación de ese lenguaje que conecta con la realidad “elaborando” la fantasía. ¿Ese lenguaje es *decir* del analizante o del analista? Por el simbolismo se introduce la ambigüedad y la escuela kleiniana llega al opuesto de lo que se proponía: en vez de

permitir que los niños hablen termina proponiendo que los adultos jueguen. ¿Acaso los analistas de niños no predicán con el ejemplo cuando escriben “la mamá”, “el papá” y otras cositas, puerilizando el lenguaje para ponerse a la altura de sus lectores identificados con pequeños pacientes?

En nuestro país se utilizó a M. Klein en *relación* con Anna Freud y en algunos casos se practicó en nombre de la primera lo que la segunda le suponía. La discusión entre las dos mujeres debe ser estudiada en sí misma: Melanie Klein suele volver a Freud contra Anna Freud, pero también aprovecha la crítica a Anna Freud para deslizarla fuera del pensamiento de Freud.

En casi todos sus textos *algo* de Freud es vuelto a escribir, pero siempre conduce a otra cosa. Arminda Aberastury, en el prólogo a *Contribuciones al psicoanálisis* de M. Klein, escribe: “... a diferencia de lo ocurrido en otros grupos psicoanalíticos, comprendimos desde el primer momento la continuidad genética entre el pensamiento de Freud y el de Melanie Klein”. Como siempre, la timidez intelectual se resuelve en el eclecticismo, ocultando las diferencias.

Por el Fort-Da el niño simboliza (en Freud) la pérdida de la madre, por la producción de símbolos el niño ofrenda (en M. Klein) una reparación real de lo que destruyó en imagen.

La lectura que Melanie Klein hizo de Freud, la lectura que los psicoanalistas hicieron de M. Klein: en los dos casos, *la lectura*. Por supuesto, cada vez que M. Klein contradice a Freud se apoya en la “experiencia”.

¿Cómo se organiza esta experiencia? *Relato del psicoanálisis de un niño* es una respuesta exhaustiva: “En el caso de Richard —escribe M. Klein— tuve que introducir términos que él desconocía, tales como *genital, potente, relaciones sexuales, o coito*. A partir de un determinado momento Richard llamó al análisis *el trabajo*”.

En la contigüidad de la frase se produce algo que no puede pasarse por alto: Melanie Klein introduce la potencia genital y la relación sexual y Richard replica *¡el trabajo!*

Por supuesto, la oblatividad de la pareja. ¿Este chiste carece de rigor? Es posible, pero no carece de verdad. La difusión del psicoanálisis de la *maduración* introduce una cierta educación sexual (sic) donde la satisfacción de la mujer es supuesta como un trabajo del hombre. *Técnicas sexuales modernas* se llama un libro de Robert Street que lleva vendido varias ediciones. El autor afirma que las mujeres “son las principales víctimas de la ignorancia sexual del hombre”. Luego da una serie de trucos cuya función sería satisfacer a la mujer y de esta manera garantizar su fidelidad: “Toda contri-

bución que cimiente la relación esposa-esposo o padre-madre, y que interfiera el continuo girar del molino del divorcio, será valiosa, pues una ruptura de los lazos maritales estimula la licencia, y la licencia conduce a una pérdida completa de la fibra moral”.

El complejo de edipo a la luz de las ansiedades tempranas (1945) traza el mismo plan supuesto por las palabras introducidas en Richard: establecer de un modo firme la posición genital/ considerar al pecho de la madre (luego, la mujer) como fuente de bondad: “su pene se convierte en un medio de gratificación y de dar bebés a su madre, así como reparación”.

El pene es conectado con la reparación y gratificación de la mujer, así como también con la reproducción. ¡A trabajar, Richard!, dice Melanie Klein. ¿Qué hay que hacer? Volvamos al *relato*: “En casos como éste en que el ambiente ha favorecido tanto la represión, que no se usa expresión alguna para designar los genitales ni las funciones corporales, el analista debe él mismo introducirlos”. Además de introducir palabras, se dedica a desarrollar un “psicoanálisis aplicado” de la siguiente forma: “La valoración de la interpretación del material del paciente que lleva a cabo el analista, tiene su fundamento en un marco coherente de teoría. Su tarea consiste, sin embargo, en *combinar* el conocimiento teórico con la captación de las variaciones individuales que cada paciente le presenta”. *El pasaje del simbolismo de la fantasía al lenguaje de la realidad no se produce en el analizante, sino que es introducido por el analista mediante la interpretación.*

1.º Disociación; 2.º ansiedades paranoides y depresivas; 3.º la interpretación integradora.

El trabajo, dice Richard. ¿Cómo concluye M. Klein?: “La afirmación de que, como resultado del trabajo analítico, Richard logra establecer el objeto bueno interno, se ve confirmada por la esperanza que ahora tiene, y por la habilidad que demuestra para mantener una *buen relación con su analista*, considerada como objeto interno y externo, a pesar del resentimiento, de la sensación de pérdida y de la gran ansiedad que su viaje le ocasionan”.

IV

En los finales de su relato Melanie Klein usa el estilo indirecto, haciendo pasar los actos y las palabras de Richard por las suyas. Richard se irá de viaje y dejará el análisis: M. Klein interpreta que al perderla a ella buscará consuelo en su papá.

¿Cuál es el deseo de Melanie Klein? Lo que M. Klein dice del deseo: una madre desea ser devorada por su hijo porque está llena de cosas envidiables. El niño se angustia, la madre le proporciona palabras que dicen que ella acepta que el niño repare esos daños dándole satisfacción y otros hijos.

El niño teme haber destruido a la madre, incluso haber destruido su pene. La madre sabe que no es así, que podrá llegar a tener un yo fuerte y un genital laborioso. Incluso, si extraña mucho a la madre... por ahí anda un padre que sirve como sustituto.

Se entiende que el niño sea siempre algo *infans*, que nunca termine de pasar al lenguaje. De hacerlo, podría decir alguna otra cosa, podría construir alguna realidad diferente.

El texto de Melanie Klein aparece, en ciertas afirmaciones, como una réplica paranoica al texto de Freud. La impotencia, por ejemplo, es para Freud la mayor *fidelidad* a la madre. ¿Qué responde M. Klein?: “Esto parece mostrar lo que uno puede ver confirmado en el análisis de *todo* hombre, que su miedo al cuerpo de la mujer como un lugar lleno de destrucción puede ser una de las causas principales de perturbación de la potencia. Pero esta angustia es también un factor básico de inhibición del impulso epistemológico, ya que el interior del cuerpo de la madre es el primer objeto de ese impulso; en la fantasía es explorado e investigado, y *también atacado con todo el armamento sádico, incluyendo el pene como un arma peligrosa y ofensiva, y esta es otra causa de la subsiguiente impotencia en los hombres: penetrar y explorar son en gran medida sinónimos para el inconsciente*”. Hemos subrayado en el párrafo lo que nos parece una réplica a la angustia contenida en la primera parte del mismo. Melanie Klein es atacada y se defiende. También perdona.

Un trabajo a realizar es proseguir las conexiones del simbolismo con la teoría de la fantasía por un lado y con el lenguaje y la realidad por el otro. Que las figuras descubiertas por Melanie Klein se mueven en el registro de la paranoia es algo explícito, que concluyen en la erotomanía es menos claro.

El simbolismo le sirve para hacer jugar la relación entre lo *infans* y quien lo interpreta, en el doble registro del odio paranoico y del amor erotomaníaco. Ahora se habla de la riqueza de sus *descripciones* y de sus *pobrezas teóricas*, pero esto resulta una forma antigua de señalar que la *verdad* también habla allí.

¿No resulta el supuesto análisis del *infans* una certidumbre del

conocimiento paranoico, cuyo síntoma sería el “simbolismo” generalizado y la exclusión de la reflexión sobre el lenguaje?

V

Ciertos términos introducidos por M. Klein fueron difundidos por el psicoanálisis en la Argentina hasta formar parte del vocabulario de un sector social. Esos términos, como algunos de Freud, aparecen en la prensa como adjetivos calificativos. Quizá por esto se tiende a generalizar y hablar de una corriente kleiniana, cuando en realidad la lectura de M. Klein muestra la distancia con aquellos textos que la *citan* y se producen a partir de su vocabulario. Lo que se transmite de M. Klein, lo que se traduce de su “escuela” y las relaciones que se producen con otros textos debe ser estudiado.

Nosotros vamos a referirnos a un libro (*El psicoanálisis de niños y sus aplicaciones*) de varios autores, cuya compiladora es Arminda Aberastury.

Allí se encuentra la inversión que señalamos: no se trata de que los *infans* hablen, sino de que los sujetos jueguen.

Arminda Aberastury cuenta sus pasos: Parte de Anna Freud, pasa por Melanie Klein y llega a la “psicoterapia” (que diferencia del psicoanálisis) integrando el trabajo en grupos, las relaciones con los padres, la colaboración de los pediatras, etc. “La tercera parte de este libro —escribe A. Aberastury— no surgió de esos grupos. Es una generosa colaboración de psicoanalistas, psicólogos y asistentes sociales que han aplicado una técnica de terapia familiar. He dado cabida en este libro a esos artículos porque los considero complementarios de los trabajos anteriores, ya que cumplen también una *función social* que va más allá de los límites que puede ofrecernos en el *psicoanálisis individual*”.

En la práctica se quiere pasar de lo individual a lo social, en la “teoría” de lo verbal a lo *no verbal*: “Todo terapeuta debe conocer sus medios y sus fines; pero en el caso de la psicoterapia de niños se agrega una especial dificultad: la necesidad de conocer el significado profundo del lenguaje no verbal” (A. A.).

Entonces aparece la inversión que antes comentamos: “Con los adolescentes, el código verbal y no verbal que usan en la comunicación varía si tratamos a un paciente cerca del período inicial del proceso (comienzo de la pubertad) o cerca de su resolución final, alrededor de los veinte años. En el primer caso usarán el tipo de código similar al utilizado por un niño con latencia tardía, y en el

segundo, se acercará al que utilizan los adultos. Por eso, para estudiar las formas de psicoterapia en niños y en la temprana adolescencia creo que es necesario detenerse en el significado del lenguaje no verbal y verbal. Quiero señalar aquí que, aunque en el período final de la adolescencia el lenguaje verbal predomine, conocer el signifiicante del lenguaje no verbal, en especial cuando se expresa a través del propio cuerpo, es fundamental”.

Siempre volvemos al mismo lugar: ¿existe algo que puede ser analizado y resuelto por palabras sin estar determinado por palabras?

Es, también, el problema de la “psicosomática”. Si el síntoma es un nudo de palabra, un mutismo estructurado como un lenguaje, se puede desatar mediante palabras; de lo contrario no se hace otra cosa que observar los “efectos” que causa sobre el discurso de un sujeto algo cuya “causa” es exterior a ese discurso. En este caso, ninguna práctica puede autorizarse en la descripción de esos efectos.

Arminda Aberastury recuerda que Freud conecta el juego con el trauma y la repetición, que Melanie Klein lo liga con la masturbación, que Erikson lo convierte en una función del yo, que Waelder lo considera —como algunas veces lo hace Freud— una elaboración por repetición. ¿La articulación fonemática que acompaña el juego del carretel en el Fort-Da es determinada por el movimiento, es determinante de ese movimiento? Si considero al juego como *hiperverbal* seguiré un camino, si lo considero *paralelo* al lenguaje seguiré otro, si lo considero *determinante* del lenguaje seguiré otro.

Luego Arminda Aberastury diferencia dentro del juego al dibujo que trabaja en relación con las modificaciones de “la imagen corporal”. El juego queda del lado de lo simbólico, el dibujo cae en el campo de lo imaginario. Vuelve a la posición de Melanie Klein, proponiendo dibujos y juegos como un medio cuyo fin es conducir lo que hay de *infans* hasta la articulación en palabras: “Si consideramos la *interpretación como instrumento técnico*, se pueden distinguir dos corrientes: los que utilizamos la interpretación verbal y los partidarios de la interpretación lúdica o no verbal. Nuestro grupo de trabajo considera que *sólo la palabra puede llevar a hacer consciente lo inconsciente*, y ésta es la meta a la que buscamos llegar con la interpretación”. ¿Qué diferencia esto de la posición de Lacan? Que aquí no es la palabra del analizante la que *adviene*, sino que es la palabra del analista (interpretación, instrumento técnico) la que *explica*. *Wo es war, soll ich werden* se convierte en un *ello ocupado por la interpretación producida por el yo del analista*.

De todas maneras, en este punto Arminda Aberastury es clara: “Un postulado coherente con esta idea técnica consiste en consi-

derar que un niño, aún pequeño, cuando termina su tratamiento debe disponer de un equipo verbal mínimo que le permita expresar sus ideas sin recurrir al lenguaje no verbal. Este uso del lenguaje verbal es, para Melanie Klein un requisito indispensable para dar por terminado el análisis de un niño”.

Sin embargo, hay una concepción del lenguaje discutible que supone la *expresión* y el *simbolismo*. El lenguaje no resulta constituyente, sino constituido. El “equipo verbal” que se debe adquirir está definido en términos de comunicación y el acto pasa entonces —cuando se trata de un adulto— al campo de la “psicopatía”.

Arminda Aberastury cae, por esto, en lo mismo que Melanie Klein en relación con la “función” de la relación sexual. Las pulsiones parciales son identificadas con la infancia, la inmadurez y lo pregenital y la genitalidad es supuesta como fin “natural” al que se debe llegar: “Cuando el niño ha llegado a la madurez genital, que se evidencia en la menstruación en la niña y en la aparición del esperma en el varón, este proceso lo fuerza a definir su rol en la procreación.

La evidencia de esta maduración marca el límite de la infancia y también del cuerpo y de la identidad infantil” (A. A.).

Es verdad que allí se pone en juego el fantasma de la procreación, pero la genitalidad se encuentra en Freud del lado del narcisismo. La reproducción se juega en el campo de la muerte y de la inmortalidad del yo corporal, mientras que las pulsiones parciales se *subordinan* (no se integran, no se superan, no maduran) a estos intereses del narcisismo. *Trieb*, la pulsión, es la lengua fundamental y determina al lenguaje. Esa lengua sigue hablando en el síntoma, en la represión y el retorno de lo reprimido. La falta de una “pulsión genital” en el texto de Freud no es un olvido, sino la consecuencia de la relación entre las pulsiones y el narcisismo. Al suponer la pulsión como *no verbal*, la interpretación se convierte en una palabra que, según el deseo del objeto (analista, padres, semejantes), tapa la angustia provocada por el goce inconsciente.

No es necesario seguir, puesto que nos conduciría a transmitir *todas* las diferencias. Basta subrayar las necesarias para invocar una lectura: 1) No se trata de que el adulto juegue, sino de que el niño hable; 2) no hay análisis del *infans*, por eso el juego y el dibujo es un medio (no verbal se dice, hiperverbal decimos) para acceder al lenguaje; 3) las demás diferencias no son “técnicas” sino fundamentales: el lugar del discurso determina, en psicoanálisis, lo que se argumenta sobre el inconsciente y sobre la interpretación; 4) la observación del niño no es el análisis del sujeto que se articula por

la palabra, sino una experiencia del observador que suele conducir al saber paranoico en un juego de reconocimiento (en el *infans*) de lo que se desconoce (en el analista). Lo *no verbal* es el deseo del analista, su identificación con el Sujeto Supuesto al Saber y su síntoma es tanto el simbolismo como la interpretación explicativa.

VI

Arminda Aberastury reconoce que sus reflexiones sobre el juego parten del Fort-Da de Freud. Se olvida que hay en Freud una teoría del dibujo expuesta en una página magistral de 1916, bajo el título *Un paralelo mitológico a una imagen obsesiva plástica. Vaterarsch* (ano del padre) era, en un analizante, una derivación de *Patriarch* (patriarca) y estaba acompañada de una imagen obsesiva: el padre de medio cuerpo desnudo (vientre y piernas), provisto de brazo y sin cabeza. El rostro estaba dibujado en el vientre y el cuerpo carecía de genitales. Freud interpreta el dibujo como registro “hiperverbal”, puesto que pone el ejemplo “soy todo oído” que podía inducir la imagen de alguien reducido a una oreja. En *La interpretación de los sueños* se dice que la frase “perdió la cabeza” puede aparecer como imagen de hombre sin cabeza, de cabeza sola. Esta hipótesis de un “jeroglífico” hace de la imagen un efecto de la articulación significativa y del dibujo algo del registro de la palabra. La imagen obsesiva es una caricatura, dice Freud. Las “cosas” son efecto del lenguaje.

El juego encuentra su determinación significativa en el Fort-Da, el dibujo lo encuentra en la metáfora del “jeroglífico”: leyendo *La interpretación de los sueños*, los “actos sintomáticos y casuales” de la *Psicopatología de la vida cotidiana* y el problema de los juegos de palabras infantiles en *El chiste y su relación con el inconsciente* encontraremos las vertientes freudianas de una postura en relación al juego, al dibujo y al lenguaje del niño.

¿Por qué se produjo, entonces, el equívoco de la teoría del simbolismo y de la interpretación analógica que otorga al interpretador un estatuto omnipotente? Por sorprendente que parezca, el problema se encuentra en el *didáctico*. Quiero decir, en la forma en que un analista *interpreta* al que quiere ser analista. ¿Qué ocurre? Los diarios de los analizandos con Freud (Blayton, Worthis) muestran que Freud hacía psicoanálisis aplicado. Lo mismo aparece en las referencias de Theodor Reik cuando relata su análisis con Abraham. El *didáctico* como teoría aplicada/explicada al candidato marca ciertas formas de trabajo. Es esta forma de pensar el *didáctico* (y

de practicarlo) lo que induce la idea de una interpretación “educadora” que explica mediante aplicación de una teoría. Por otro lado: la psicosis.

Hay que observar que la psicosis y el análisis de niño se convierten en Melanie Klein en una sola cosa: el niño perverso y polimorfo de Freud es sustituido por un niño “psicótico” mediante la promoción de la fase oral. *La teoría sexual* de 1905 desaparece de la bibliografía de los psicoanalistas de niños y de adolescentes (aunque sea allí donde se articula en forma explícita la metamorfosis de la pubertad) y en su lugar se produce una fecha mítica: 1909. Dolto, Maud Mannoni, Melanie Klein, Anna Freud, Arminda Aberastury: todas afirman que en 1909 comienza el psicoanálisis del niño. ¿Pero no se analizó siempre la infancia? ¿O es Juanito quien funda el psicoanálisis de niños? En *La interpretación de los sueños* se habla de los sueños infantiles. En 1908 Freud habla de las teorías sexuales de los niños, en 1907 de la ilustración sexual del niño, en 1905 describe tanto la infancia como la pubertad. Pero falta un niño: Juanito. ¿Es la primera vez que Freud analiza un niño? No. Es la primera vez que Freud *supervisa* a un padre y *observa* un niño. Es extraño que nunca se relacione el Caso Juanito con la supervisión. Tan extraño como lo poco que se piensa en el hecho de que Freud —que había analizado a la madre de Juanito— recibe a este niño de un padre deseoso por darle la prueba en “vivo” de su teoría. Juanito es psicoanálisis aplicado, en el mismo sentido que Gradiva y Leonardo. Juanito marca la relación entre el psicoanálisis aplicado y la supervisión.

Pero es Freud quien dice en *La iniciación del tratamiento* que la “ilustración” no llega al inconsciente y que los psicoanalistas “resisten” como cualquier analizante. ¿Acaso el análisis podría producir *niños*? El fantasma es de Freud: cuando iniciamos un tratamiento —dice— hacemos lo mismo que cuando un hombre embaraza a una mujer, iniciamos un proceso complejo, etc. Excluida la madre, ¿sería Juanito un hijo de Freud y el padre? Es obvio que Freud elude las connotaciones “homosexuales” de la última fantasía de Juanito, de la misma manera que elude la fantasía del padre de que el hijo enfermó porque un exhibicionista le enseñó el pene. También es obvia la preocupación de Freud por marcar la “heterosexualidad” de Juanito y los argumentos contra la idea de que el psicoanálisis profanaría la inocencia de un niño. ¿Hay en el origen mítico del análisis de un niño algo *del* amor del padre y del amor *por* el padre que no fue analizado?

Melanie Klein muestra esto, incluso cuando responde a los “re-

mordimientos” de Anna Freud por usurpar el lugar de los padres, diciendo que ella se coloca del lado del niño y los deja fuera. ¿Podría un psicoanalista hombre engendrar en el niño un deseo de ser amado, cuyas consecuencias serían la homosexualidad? La historia muestra un cierto tabú, puesto que siempre son mujeres las que analizan niños. Entre nosotros, es interesante que un analista hombre haya publicado un trabajo sobre el análisis de una *niña*, mientras que en las psicoanalistas mujeres predominan los relatos de psicoanálisis de *niños*.

Me refiero a un trabajo de Anselmo Benassi, quien también necesita una compañía: junto a él está la firma de Olga Piñeiro.

Este trabajo parte de la materialidad del discurso verbal y del discurso gráfico: ambos son referidos al cuerpo erógeno y articulados como diferentes registros del juego significante.

Este trabajo, publicado en 1974, quizá sea uno de los primeros que entre nosotros deja de suponer que la palabra “niño” y Melanie Klein se asociarían naturalmente. Sin embargo allí se encuentra algo referido al correlato entre el discurso y la interpretación de la transferencia donde resuena la comunidad y sus creencias.

Además, hay algo que este trabajo *anticipa* —quizá por ser una niña psicótica la que habla— y que se relaciona con *lalengua* más allá del lenguaje y que muestra que los autores no se dedicaron a ilustrar con un paciente lo que habían leído, sino que arriesgaron algo que suele mentarse por deseo del analista.

¿Por qué hay una diferencia entre el análisis de un niño conducido por un hombre y el análisis de un niño conducido por una mujer? Imposible responder sin antes pensar esta diferencia en cualquier análisis. Esto nos llevaría a otro lugar. Por ahora sólo quiero subrayar esto: El mito de que en Juanito se funda el psicoanálisis de niños es una palabra vacía, un eco enigmático, que todavía no encuentra quien pueda puntuar su desciframiento.

VII

Hay palabras, hay dibujos, hay juegos. ¿Por qué se supone que los dibujos y los juegos obedecen a leyes del simbolismo diferentes a las leyes del lenguaje? Porque se identifica lenguaje con lo que Saussure llama *el habla* y se supone al simbolismo como paradigma, es decir, como lo que este mismo autor llama *La lengua*.

No se llega, como dice Freud, al simbolismo: estos autores parten del mismo para explicar el habla. Como se ve, no es un problema de

técnica: lo que se diga del lenguaje determina lo que se demuestra del inconsciente y lo que se enuncia como interpretación.

Sin embargo en esta equivocación hay una abertura que no debe cerrarse con apelaciones genéricas al significante, previamente identificado con el saber de la lingüística. El inconsciente está estructurado *como* un lenguaje: la metáfora supuesta por el “como” permite pensar que hay dos registros diferentes. Esos dos registros fueron cerrados por la identificación del lenguaje con el habla y del simbolismo con aquello que funda al habla y se encuentra en otro lugar. Es verdad: más allá del lenguaje se encuentra *lalengua*, es decir algo de lo que se llama *Trieb*. El lenguaje está estructurado como la pulsión, pero las representaciones de la pulsión no son equivalentes al lenguaje. Entre las cadenas de *Trieb* y el lenguaje se encuentra la lógica del fantasma. En Melanie Klein la teoría del simbolismo es *también* una cierta teoría de la fantasía que se “expresa” en el simbolismo. ¿Pero entonces la fantasía no es identificada por sus *temas* con la pulsión misma? En efecto: “El término psicoanalítico fantasma —escribe Susan Isaacs— designa esencialmente un contenido psíquico *inconsciente*, que puede o no llegar a ser consciente”. Como bien lo marca Claude Geets, este fantasma debe ser *deducido* (no es como en Freud, inconsciente-preconsciente-consciente) por el psicoanalista y como tal abre el campo abusivo de la interpretación por el simbolismo. Para poder interpretar hay que pensar que el *hic et nunc* (aquí y ahora) de la relación analítica es homologable a los fantasmas inconscientes, pensar incluso que la relación con el analista recapitula los primeros momentos y experiencias del niño. El fantasma es “sensorial”, hay que darle palabra.

Este desplazamiento de la pulsión y esta confinación del fantasma en el inconsciente, conduce a una exclusión de la perversión. Paula Heimann dice: “Los fantasmas infantiles reflejan la naturaleza no evolucionada, ‘polimorfa’, libidinal y destructiva de los mociones pulsionales infantiles...”.

En esta paráfrasis de Freud la palabra polimorfo se asocia con sadismo y destrucción (no con la polifonía perversa), las pulsiones con lo que no evolucionó y como es obvio la evolución con la superación de las pulsiones.

En resumen: 1) Se condensa *Trieb* con fantasma, 2) se convierte al fantasma en inconsciente, 3) se hace del simbolismo el instrumento interpretativo de los fantasmas, 4) mediante el supuesto de que el análisis recapitula en la transferencia las fases de la evolución.

Si Freud supone que una imagen es inducida por una palabra, es porque supone el *Trieb* como capaz de “alucinar” en un registro

visual aquello que se articula. La asociación libre es la interpretación de las imágenes del sueño. Ahora bien: es notable en los relatos de casos inspirados en el simbolismo (como relación icónica entre cosas comparables por su función, su forma, etc.) la desaparición de la asociación libre. Se puede leer en *Relato del psicoanálisis de un niño* de Melanie Klein, pero también en la *Psicopatología* de Spilka que comienza con aires de Freud y Lacan y concluye con ejemplos clínicos donde lo que un sujeto dice es, sin transición de ninguna asociación, interpretado en otro registro. Pero en vez de sustituir taza por pecho (para usar el ejemplo más tópico) se tratan las palabras, las letras como iconos. Esta es su lectura de Lacan: hacer con las palabras las mismas operaciones que antes hacía con los objetos: ACA es CACA, dice en algún lugar Spilka, asociando para su cuenta con el riesgo de su muy paciente.

Un sueño contado por Anna Segal nos sugiere algo. Allí la paciente asocia —no importa, ahora, partiendo de qué—: Segal/Malhumor/Vagina y la interpretación de la analista (siguiendo el simbolismo) agrega: Vagina conteniendo pene/Pecho/Vagina dañada/Pene dañado.

Hay dos mujeres y el malhumor. La paciente relaciona el malhumor con la vagina y la analista introduce el “pene”, la agresividad y el daño.

VIII

Anna Freud supone que los niños no realizan transferencia porque se encuentran ligados a los objetos primarios que todavía forman parte de su realidad: es decir, los padres.

Melanie Klein dice que se trata de las “imagos” de los padres y que la transferencia existe. Sabemos que Freud afirma que el padre es una “premisa lógica” y que la madre es “intrapésica”: por lo tanto, en el discurso de los hijos se pueden descifrar los padres.

La afirmación de Anna Freud la conduce a una extraña técnica del terror que en su libro *El psicoanálisis del niño* (Ed. Imán, 1951) es descrita en los siguientes términos: “Lo invité a describirme sus arrebatos cada vez que se producían, fingiéndome preocupada y apesadumbrada; le pregunté hasta qué punto era dueño y señor de sus actos en tales estados, y comparaba sus arranques con los de un enfermo mental, al que difícilmente podría prestársele ya socorro alguno. Todo esto lo dejó atónito e intimidado, pues, naturalmente, ser tenido por loco ya pasaba de lo que perseguía su ambición. En-

tonces trató de dominar por sí mismo sus arrebatos; comenzó a oponérseles en lugar de provocarlos, como había hecho antes, advirtiendo así su verdadera impotencia y creciendo con ello sus sensaciones de sufrimiento y displacer. Después de algunos intentos infructuosos, el síntoma se convirtió por fin, de acuerdo a mis propósitos, de un bien apreciado en un molesto *cuerpo extraño...*”. A partir de entonces el niño necesita del otro para volver a familiarizarse con ese cuerpo extraño y suprimirá el síntoma por amor al analista.

No puedo amar tu síntoma, pero podré amarte si abandonas esa satisfacción por la de ser reconocido por mí. ¿Es el niño un juguete erótico? Arminda Aberastury, en *Teoría y técnica del psicoanálisis de niños*, produce un vuelco notable en el problema cuando introduce los “Grupos de orientación de madres”. ¿Qué se encuentra allí? Todas las fantasías que Melanie Klein “proyectaba” sobre los niños, mediante la interpretación “simbolista”.

Arminda Aberastury se manifiesta orgullosa, y con razón, de lo que pudo escuchar en estos grupos que comenzó a realizar en 1958. *Tener un hijo —dice— es para la mujer perder a la madre*. Entonces aparece el deseo de muerte del hijo, para evitar la angustia de esta pérdida. La maternidad aparece como el síntoma de la mujer, aquello que interrumpe el goce fálico de una posición en el deseo de la madre. El hijo, jugado entre una mujer y su madre, deja fuera el problema del padre. El fantasma del aborto hace pasar de la angustia a la culpa. Durante el embarazo se encuentra clivada entre la madre y el hijo.

¿Cómo se llega a este lugar? El mismo vuelco aparece en Rascovsky: partiendo del pequeño psicótico criminal de Melanie Klein se encuentra después con el filicidio. ¿La relación entre la madre y el hijo es una banda de moebius donde se puede leer de un lado a los dos sujetos implicados, como si estuvieran en lados diferentes? Si el niño no tiene otro deseo que ese de su madre... ¿qué efectos produce analizar la madre a través del síntoma del niño? El aborto le muestra a Arminda Aberastury que este deseo de muerte hacia el hijo es radical. Luego, la sexualidad de los hijos se convierte en retorno de lo reprimido por los padres.

Pérdida de la madre por el embarazo, luego pérdida del hijo por el nacimiento. Leído desde el lado de las mujeres, el hijo aparece como soporte de una relación paranoica entre la madre y la hija. Leído desde Freud, ese hijo divide a la madre al ser una parte de ella y una parte separada de ella: “En este grupo —escribe Arminda Aberastury— la elaboración del aborto llevó a que otra de las integrantes hablara de ver por qué después del parto hay una depresión

tan intensa, y se refirió al nacimiento de un hijo como a un desprendimiento y pérdida que siempre resulta penosa”.

Si la maternidad es el síntoma de la mujer, sería necesario diferenciar embarazo de parto. El deseo de ser embarazada no es, inmediatamente, el deseo de tener un hijo. *Ser* (embarazada), *tener* un hijo: ahí está la diferencia.

Arminda Aberastury descubre que el “consejo” no sirve, puesto que modifica la conducta pero no puede cambiar el deseo. Dice que si alguien hace algo con su hijo y se le dice que no (cuando no puede dejar de hacerlo) sólo habrá más culpa.

¿Qué ocurre en este mundo del terror descubierto entre madres e hijos, entre mujeres y niños? Habría que partir de *Lo siniestro* de Freud: del secreto de lo familiar. ¿Hay relación entre la supresión efectiva de síntomas en el análisis de niños y el discurso que se produce a través de sus análisis? No necesariamente: las “curas” narradas por estas autoras parecen obedecer a la ley del agrado. Para que puedas amarte es necesario que te ame / Tu síntoma es un ataque hacia mí / Cuando sea suprimido sabré que me amas y entonces podré amarte.

Arminda Aberastury sin recurrir a *Lo siniestro*, describe de la misma forma los efectos del embarazo: el cuerpo cambia, retornan las angustias infantiles relacionadas con la imagen.

El embarazo transforma al cuerpo en extraño, surgen las fantasías de un hijo deforme, etc.

Arminda Aberastury, al final, cierra el círculo. Habla de los problemas de una mujer con sus dos hijas en los mismos términos que una analista de alguna de esas hijas interpretaría los problemas de la pequeña con su madre. Dice: “Hasta que no comprendió el conflicto entre el amor y el odio que la impulsaba a destruir para luego reparar, no desapareció el problema de los golpes, y gracias a su evolución, su segunda hija se vio libre de supositorios y medicamentos. En una oportunidad en la que volvió a repetir su ataque contra ella, inmovilizándola con un cinturón, éste duró sólo un día porque al comprenderlo reemplazó el cinturón por los brazos para enseñar a caminar a su hija”.

Porque la réplica que Melanie Klein hace de Freud es *verdadera* el psicoanálisis de niños es el síntoma más interesante de la historia del psicoanálisis. Las palabras de unas mujeres histéricas se encuentran en el comienzo del psicoanálisis, quizá sean las palabras de otras mujeres —esta vez paranoicas— las llamadas a producir la réplica de un discurso, las llamadas a interrumpir cierto goce fálico.

Si diferenciamos la psicología de la infancia, la psiquiatría de

la infancia... ¿qué nos queda para sostener un psicoanálisis de la infancia? El supuesto de una falta de amnesia en el niño. La división niño/adulto sería equivalente a falta de amnesia/amnesia. ¿No hay represión en el niño?

Sin embargo, basta el sueño narrado por Freud sobre “su padre estaba muerto y no lo sabía” para saber que un niño es aquel que reprime cierto saber sobre la muerte del padre.

¿No es lo mismo lo que el llamado psicoanálisis de niños reprime, junto con el niño que “trata”? En efecto, si hubiera que marcar una diferencia en cualquiera de las corrientes bastaría decir: la muerte del padre ha desaparecido. En su lugar, el terapeuta (cualquiera sea su sexo) aparece con los atributos bisexuales de un padre imaginario. Una mujer que tiene dentro suyo algunos penes, un hombre que debe convertirse en mujer (aceptar el deseo de parir un hijo) para ser analista de niño.

El sujeto del psicoanálisis, de su nacimiento a su muerte, dibuja en su recorrido un ser del lenguaje que es su “causa perdida”. Porque el *infans* fue hablado cuando no hablaba, el ser sólo puede descifrarse de su decir.

IX

Inhibición, síntoma y angustia tiene un pasaje que debería ser más citado por quienes hablan de la infancia, suponiendo que lo hacen desde el psicoanálisis: “Las fobias a la soledad, a la oscuridad y a los extraños, de los niños más pequeños, fobias que han de llamarse casi normales, se disipan las más de las veces a poco que ellos crezcan; *pasan*, como se dice de muchas perturbaciones infantiles.

Las zoofobias, tan frecuentes, tienen el mismo destino; muchas de las histerias de conversión de la infancia no hallan luego continuación alguna. En el período de latencia es frecuentísimo el ceremonial, pero sólo un mínimo porcentaje de esos casos se desarrolla después hasta la neurosis obsesiva cabal. Las neurosis de la infancia son en general —hasta donde alcanzan nuestras experiencias con niños urbanos, de raza blanca, sometidos a elevados requerimientos culturales— episodios regulares del desarrollo, aunque se les siga prestando muy escasa atención. En *ningún* neurótico adulto se echan de menos los signos de la neurosis infantil, pero ni con mucho todos los niños que los presentan se vuelven después neuróticos” (Cap. IX). ¿Cuáles son esas exigencias culturales? Comencemos por las que el psicoanálisis mismo pone en su cuenta: el niño es soporte de la in-

mortalidad de los padres por el narcisismo, soporte de cierta expiación de los padres por el superyó, soporte de la frustración de la madre por la fantasía de su equivalencia con el falo, etc.

Su cuerpo *parásito* de la placenta, paga después del nacimiento de diversas formas. El niño como juguete erótico de los padres engendra culpa y angustia en ellos, provoca todas las precauciones de la paranoia familiar en relación con los demás adultos. Pero estas mismas precauciones paranoicas de la familia en relación con los extraños, encierra al niño en el circuito culpable de la seducción de los padres. ¿Cómo aparece el analista de niños? Como un extraño que, en alianza con los padres, debe garantizar a éstos que no gozará del niño. Incluso, esta sospecha de seducción suele caer también sobre el analista: Freud la registra en su artículo sobre el amor de transferencia. ¿Cuando se asimila el Edipo a los personajes parentales se le garantiza a los padres que son los únicos *deseados* por el niño y se los alivia del miedo de que los analistas sean seductores del niño? Después de todo, cuando la belleza deja de garantizar algo a la mujer, ésta puede tener en su hijo un amante absoluto y recuperar la ilusión de que es la matriz en que la belleza de cualquier otra irá a modelarse para el hijo. Cuando un hombre se borra en el anonimato puede recuperar la diferencia de su nombre volviéndolo absoluto para el hijo que filia. El cuerpo del niño es soporte de dispositivos complejos, por eso Freud considera “normales” los diferentes síntomas que en un adulto funcionan como indicadores de una neurosis. El infante, en tanto nace por *segunda* vez al lenguaje del Otro se pierde una primera vez fuera del lenguaje. Eso que pierde no puede ser homologado por el lenguaje del Otro (no hay, en este sentido, simbolismo que valga) y tampoco recuperado por un lenguaje propio. Eso que se pierde se hace mímica, zaga deambulante, novela de infancia que no termina en una equivalencia con la literatura de la novela familiar.

La novela familiar del neurótico está referida a la infancia, pero no es la novela de la infancia. De la misma forma que los recuerdos encubridores se refieren a la infancia, sin que por eso sean recuerdos de la infancia. ¿Qué es la infancia como lugar de *referencia* al que apela todo discurso? Es el deseo del cuerpo polimorfo que se pierde en el nudo consistente de la imagen, es el cuerpo del deseo que se pierde en esa ausencia del cuerpo que se llama inconsciente. Nudo de la imagen, ombligo del sueño, metáfora del nombre. El deseo del cuerpo perdido aparece en la masturbación, su pérdida definitiva conduce al cuerpo del semejante. El cuerpo del otro en el lugar del propio, el lenguaje del Otro en el lugar *indecible*. ¿Qué angustia

despierta la presencia inquietante del niño, para que exista un psicoanálisis infantil dispuesto a *precipitarlo* en aquello que hay que suponer inexorable? Sólo transcurre lo *necesario*.

REFERENCIAS

Una secuencia posible sobre el tema del llamado infantil, siguiendo los textos de Freud en la línea de la constitución de este sujeto, podría ser la siguiente:

- La interpretación de los sueños* (sueños infantiles).
- El chiste y su relación con el inconsciente* (las reflexiones sobre la relación del niño con el lenguaje).
- Una teoría sexual* (en particular, el problema de la pubertad).
- Psicopatología de la vida cotidiana* (el “acto sintomático” y su posible relación con una teoría del juego, partiendo del Fort-Da de *Más allá del principio del placer*).
- Ilustración sexual infantil* (de donde se deduce la conveniencia de educar sexualmente a los niños para evitar que tengan fantasías... sexuales).
- Recuerdos encubridores, Teorías sexuales de los niños y La novela familiar del neurótico* (donde se construye el “saber” como no saber eso que el narcisismo no soporta).
- Introducción al narcisismo* (donde las reflexiones sobre el narcisismo primario como soporte de la inmortalidad de los padres permiten pensar que Freud descubrió el momento en que el “niño” se tornaba sexual, sin que sea necesario afirmar que se trata de la sexualidad del niño como “sustancia” eterna, independiente del deseo del Otro).
- El poeta y la fantasía* (donde no sólo se habla de los juegos, sino que se postula la estructura de la fantasía como tiempo lógico del deseo).
- Contribución a un simposio sobre la masturbación* (donde se puede leer que el goce fálico de la masturbación y su relación con el edipo no pueden confundirse con el autoerotismo).
- Análisis de un niño de cinco años* (donde se puede leer que Juanito es la supervisión de un padre que *observa* a un niño para escuchar lo que supone que Freud deseaba).
- Dos mentiras infantiles.*
- Psicología del colegial.*
- Un paralelo mitológico de una representación obsesiva plástica* (donde queda claro, si la representación cosa no basta, que en el discurso de Freud el dibujo es “hiperverbal”, que el lenguaje produce la “cosa”).
- Pegan a un niño.*
- Asociación de ideas de una niña de cuatro años.*
- Inhibición, síntoma y angustia* (donde Freud supone que los síntomas de

los niños no implican, necesariamente, un sufrimiento que pueda convertirse en pedido de análisis).

Lo siniestro (donde se demuestra la conveniencia de no confundir el edipo ectópico con la familia).

Sobre la conquista del fuego (donde se puede leer la diferencia entre el placer de órgano y el goce significativo del falo, como imposible de ser ligado a un significado determinado).

La organización genital infantil (donde no sólo se muestra la primacía del significativo falo, sino también su emergencia en relación con un deseo de saber cómo escapar del saber que se llama inconsciente).

Nota: Todas las citas de M. Klein pueden encontrarse en *Obras completas* (donde también se incluyen trabajos de otras autoras de su corriente). Editorial Paidós, Buenos Aires, Argentina.